



Yo y otra maybe (texto inédito)

RAFAEL FRANCO STEEVES¹⁰⁵

Andria, gracias por el título

Derecho al oeste, tragando líneas amarillas como trago buche cada vez que el brazo de ella alcanza la manigueta de la ventana.

Somos tres, a veces cuatro, las más sólo dos. Somos seres de serenata y sereno, atascados en el parabrisas, azotados por el movimiento, el momentum de las cosas que no decimos, que no pensamos, pero que vemos cuando cerramos los ojos y nos mojamos los labios.

Somos cuatro, derecho al oeste en un desplazamiento oculto bajo la resolana en nuestras caras. Los ojos discurren aún más que nuestros cuerpos, porque somos cuatro, luego tres, duplicados por las pupilas palidecidas de los pasajeros.

Somos de aquí, son de allá, y todo lo que vemos se queda entre nosotros, nunca sobrepasa la velocidad del vehículo, el agua acumulada en la carretera. Podríamos parar, desistir, ya que sólo quedamos tres, luego dos, por último uno, mojado y frío, acostado en el madero flotando sobre la superficie nocturna del lago.

Llegamos ocho, pero sólo nadamos cuatro, luego dos, desnudos y duros, blandida y profunda, tierna y aceitado, con el producto del deseo en la punta de la lengua, entre los muslos del lago, ahogado entre tanta estrella fulminante.

105 Rafael Franco (Santurce 1969) estudió en Río Piedras y Boulder, fue periodista en "The San Juan Star", "Claridad" y "El Nuevo Día"... Mientras escribía su primera novela "El peor de mis amigos" (2007), trabajó como "bartender" en la Isla y Nueva York. Ha ganado el premio de cuento del Instituto de Cultura Puertorriqueña (2006) por "Alaska". Vive en Estados Unidos, como guionista, antólogo y traductor. Contacto: rfranco@sietemesimos.com.



Ahora somos dos, en un carro, en otro estado, con el ánimo guardado en un bulto en el baúl, con la pipa en el mahón de DeeDee, quien nos convida el verdor de sus esfuerzos clandestinos.

Conspiramos contra la lluvia mientras consideramos encender otro cigarrillo y dejamos que el helado se derrita y nos embarre los dedos, las manos que utilizamos para sobarnos los músculos apretados por el viaje, las manos que nos metemos en los bolsillos en busca de los residuos de anoche, de anteayer, de cuando el camino sólo era una contemplación Zen desbocada contra la madrugada fogosa de un pueblo costero.

¿Recuerdas la sonrisa que descubriste al otro lado de la barra? Pues fue el producto de un desvelo, de un sonambuleo rural de vuelta al espacio compartido de una habitación, una falda presta a abrirse en cualquier momento, una entrepierna humedecida por el agua del lago al otro lado del pueblo.

¿Recuerdas cuántos éramos? Sólo dos, al frente, una atrás, la bella durmiente, yo y otra maybe, escuché otra noche, otra noche que no vale, que se caduca con el aguacero violento del norte, del sur, o del nuevo oeste, otra noche que se deshace entre miramientos y escarmientos, entre dos personas cansadas fumando por aburrimiento, dos personas desesperadas queriendo encontrar algo en la radio que valga la pena, dos personas que comparten una década lejana, un denominador común reabastecido en la frontera, un cigarrillo que no aguanta tanto trajín, tanto dedo, tanto correr hacia ninguna parte en particular.

Luego dos, frente a la casa hubo una conexión, un intento de acercarse uno al otro, pero siempre hay un tercero dormido por ahí, y cuando se despierta, nos sorprende y nuestro abrazo se convierte en un choque de cabezas, como pasa con todos los encuentros.